

Wittgenstein y Popper

► **Carlos Blank**
Profesor Universidad
Metropolitana
Departamento
de Humanidades

“Die richtige Methode der Philosophie wäre eigentlich die: Nichts zu sagen, als was sich sagen lässt, also Sätze der Naturwissenschaft also etwas, was mit – Philosophie nichts zu tun hat–, und dann immer, wenn ein anderer etwas Metaphysisches sagen wollte, ihm nachzuweisen, dass er gewissen Zeichen in seinen Sätzen keinen bedeutung gegeben hat. Diese Methode wäre für den anderen unbefriedigend –er hätte nicht das Gefühl, dass wir ihn Philosophie lehrten- aber sie wäre die einzig streng richtige”

Ludwig Wittgenstein

“Die Philosophie ist ein Kampf gegen die Verhexung unsres Verstandes durch die Mittel unserer Sprache”

Ludwig Wittgenstein

“Todos los hombres y todas las mujeres son filósofos; o, permítasenos decir, si ellos no son concientes de tener problemas filosóficos, tienen, en cualquier caso, prejuicios filosóficos. La mayor parte de estos prejuicios son teorías que inconscientemente dan por sentadas, o que han absorbido de su ambiente intelectual o de la tradición”

Karl Popper

“Language analysts believe that there is no genuine philosophical problems, or that the problems of philosophy, if any, are problems of linguistic usage, or of the meaning of words. I, however, believe that there is at least one philosophical problem in which all thinking men are interested. It is the problem of cosmology: *the problem of understanding the world –including ourselves, and our knowledge, as part of the world.* All science is cosmology, I believe, and for me the interest of philosophy, no less than science, lies solely in the contributions which it has made to it. For me, at any rate, both philosophy and science would lose all their attraction if they were to give up that pursuit. Admittedly, understanding the functions of our language is an important part of it; but explaining away our problems as merely linguistic ‘puzzles’ is not.”

Karl Popper

“Was ist dein Ziel in der Philosophie?- Der Fliege den Ausweg aus den Fliegenglas zeigen”

Ludwig Wittgenstein

Siempre nos ha seducido la idea de abordar el pensamiento de Wittgenstein y Popper en un mismo trabajo. En parte ello obedece a que nuestro propio desarrollo intelectual está signado por estos dos grandes pensadores, pero también porque ambos constituyen, sin ningún género de dudas, dos figuras indispensables de la filosofía del siglo XX y, posiblemente, de todos los tiempos. Si los grandes filósofos son aquellos capaces de afectar nuestro sistema de creencias, de cambiar profundamente nuestra comprensión de nosotros mismos y del mundo en que vivimos, no cabe la menor duda de que ambos se ubican entre los grandes de todos los tiempos, conforman esos hombros de gigantes que nos permiten ver un poco más allá en el horizonte.

Cada uno representa filosofías diferentes. Más aún, cada uno representa una forma diferente de comprender el oficio del filósofo, aunque detrás de estas diferencias podemos encontrar similitudes sorprendentes. Si en algo resulta ilustrativo comparar a Wittgenstein y Popper es para poner de manifiesto hasta que punto pueden llegar a separar o dividir un lenguaje común, un medio cultural común o un tiempo histórico común.

En efecto, aunque Popper era trece años menor que Wittgenstein, los dos formaron parte del rico medio intelectual vienés, participaron del elevado refinamiento cultural propio de la capital del Imperio austro-húngaro, en el que las artes—en particular la música y la arquitectura—, las ciencias y la filosofía, no estaban segregadas entre sí, sino que estaban finamente entrelazadas dentro de la atmósfera intelectual vienés. Ambos sufrieron los rigores de las dos guerras mundiales y pudieron apreciar cómo una gran civilización o una gran cultura también engendra grandes atrocidades y barbaridades. Ambos fueron profundamente críticos del

método tradicional de enseñanza predominante en Austria y participaron activamente en la reforma escolar emprendida en ese país a comienzos del siglo XX. Lo que llevó a Wittgenstein a dar clases de primaria en pequeñas aldeas del sur de Austria, y a Popper a elaborar su tesis doctoral sobre estos temas bajo la tutela de Karl Bühler y posteriormente recibirse como profesor de física y matemáticas para escuelas de bachillerato. Los dos también mantuvieron estrechas relaciones e intereses comunes con ese movimiento de renovación filosófica conocido como “Círculo de Viena” o “Wiener Kreis”, aunque nunca se identificaron plenamente con sus tesis y mantuvieron cierta distancia crítica frente al grupo, lo que es mucho más evidente en el caso de Popper. Igual distancia crítica mantuvieron siempre frente al valor científico del psicoanálisis, otro producto vienés típico, criticismo que era bastante extendido entre los grandes intelectuales vieneses como Heinrich Gomperz, Robert Musil, Arthur Schnitzler, Egon Friedell, Karl Krauss o Karl Bühler. En cambio, ambos valoraban positivamente la ciencia y sus ideas tuvieron un impacto decisivo sobre su imagen y sobre los debates en torno a ella. La propia filosofía de la ciencia puede ser resumida como un debate de Popper contra las tesis positivistas del primer Wittgenstein, y del segundo Wittgenstein contra las tesis de Popper. Por otro lado, la polémica de Kuhn o de Feyerabend, con clara inspiración en el segundo Wittgenstein, puede ser vista también como una radicalización de la tesis popperiana de que nunca nos aproximamos a los problemas desprovistos de algún marco conceptual, de que siempre vemos la realidad desde alguna luz particular, de que toda observación está cargada de teoría o de que nunca partimos de cero sino de algún conocimiento de trasfondo previo.

Cada uno representa filosofías diferentes. Más aún, cada uno representa una forma diferente de comprender el oficio del filósofo, aunque detrás de estas diferencias podemos encontrar similitudes sorprendentes.

Dentro de cada contexto
en que se legitima
un determinado juego
de lenguaje,
la imposibilidad
de trascender los límites
que éste impone,
aunque a menudo
embistamos contra ellos
como la mosca que está
encerrada en la botella.

Pero a pesar de todos estos rasgos comunes, que se solapan y entrecruzan entre ambos filósofos, a pesar de ese “aire de familia” que podemos advertir entre ellos, existen diferencias no menos notables y, en algunos casos, insalvables. A continuación nos ocuparemos de ellas.

Como se sabe, toda la filosofía de Wittgenstein gira en torno al lenguaje. Mejor dicho: en torno a dos concepciones del lenguaje. La primera, expuesta en su *Tractatus* y conocida como la teoría pictórica del lenguaje, plantea la posibilidad de un lenguaje lógicamente ideal que refleje el estado de cosas de la realidad. Para él, es la ciencia natural la llamada a operar esta adecuación perfecta entre el lenguaje y la realidad; sólo la ciencia natural está autorizada a decir algo acerca del carácter contingente de los hechos del mundo. Es imposible decir nada acerca del mundo que rebase este marco conceptual en el que opera la ciencia. Toda proposición que rebase este marco se ubica fuera del lenguaje y, por lo tanto, del mundo. Por eso, la recomendación final de Wittgenstein es: “Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen”.

La segunda concepción del lenguaje, expuesta principalmente en su obra, *Investigaciones filosóficas*, critica la excesiva ingenuidad y simplicidad del *Tractatus*, producto, para él, del hechizo o embrujo que ejerce el lenguaje en nuestras mentes, sin que nos percatemos de ello. Ahora niega que exista un lenguaje ideal que refleje la realidad. En cambio, existen múltiples lenguajes, mejor dicho, múltiples usos lingüísticos o juegos de lenguaje, los cuales corresponden a determinadas formas de vida. La consigna es: “No preguntes por su significado, pregunta por su uso”. Como diría también Austin, el lenguaje no es solamente una forma de describir cosas, sino también, y sobre todo, una forma de hacer cosas, de actuar en el mundo. To-

dos estos juegos de lenguaje deben seguir ciertas reglas, aunque estas reglas varíen bastante entre sí, al punto de que entre todos estos juegos sólo podemos reconocer un cierto “aire de familia”. La pretensión de aprehender una sola realidad a partir de un solo lenguaje pierde toda legitimidad y fundamento. Con todo, sigue siendo cierto, dentro de cada contexto en que se legitima un determinado juego de lenguaje, la imposibilidad de trascender los límites que éste impone, aunque a menudo embistamos contra ellos como la mosca que está encerrada en la botella. Estamos, por así decirlo, atrapados dentro de nuestras propias tradiciones e instituciones, dentro de juegos de lenguaje dados y formas de vida concretas. De este modo se mantiene plenamente la idea expresada en el *Tractatus*: “*Die Grenzen meiner Sprache bedeuten die Grenzen meiner Welt*”.

A todas estas, la concepción de la filosofía de Wittgenstein se conserva relativamente la misma. Para él, la filosofía carece de contenido, no habla acerca de nada significativo ni puede hacerlo. No existen genuinos problemas filosóficos o eso que suele llamarse: “los problemas reales de la filosofía” o “los grandes problemas de la filosofía”. Esos profundos problemas filosóficos surgen porque no sabemos como funciona realmente el lenguaje, surgen cuando la maquinaria del lenguaje opera en el vacío o cuando el lenguaje se va de vacaciones. La perplejidad filosófica es producto de estos rompecabezas lingüísticos y desaparece tan pronto como le mostramos a la mosca cómo salir de la botella. Ese es el verdadero método de la filosofía, dejar de filosofar cuando queremos, percatarnos de la imposibilidad de solucionar los problemas filosóficos y, así, hacerlos desaparecer o disolverlos. Así, la filosofía es entendida o bien como una actividad orientada a la aclaración de la lógica del lenguaje,

o bien como formas de terapia que pretenden liberarnos del hechizo o del embrujo que el lenguaje ejerce sobre nosotros.

Es bien conocida la posición crítica de Popper frente a las dos filosofías de Wittgenstein y, en particular, contra la concepción de la filosofía sostenida por él. Critica esa combinación de positivismo antimetafísico y de misticismo romántico, de nostalgia por la unidad perdida, que aparece en el primer Wittgenstein. Igualmente critica el relativismo radical que está encerrado en la concepción del segundo Wittgenstein. Pero sobre todo va a criticar la concepción de la filosofía que subyace en el pensamiento de Wittgenstein. Para Popper la filosofía existe por derecho propio, así como existen problemas genuinamente filosóficos. En algunos casos podemos incluso resolver estos problemas, pero en todo caso lo que no podemos hacer es dejar de plantearlos. Los problemas filosóficos no son, o no deben ser, meros "puzzles" o rompecabezas lingüísticos, meros encantamientos o hechizos verbales de los cuales debemos desembarazarnos. Por el contrario, los verdaderos problemas filosóficos apuntan a cuestiones reales y tienen con frecuencia una importancia decisiva. Este es el caso de los problemas éticos o epistemológicos, por ejemplo. Es posible que algunos problemas filosóficos tengan su origen en confusiones de tipo verbal, pero de allí a afirmar que *todo* problema filosófico es producto de una confusión puramente verbal, hay un gran paso. Si algo critica Popper precisamente es esa tradición esencialista que cree poder resolver problemas reales mediante definiciones precisas o de respuestas a preguntas sobre ¿qué es?. Buena parte de la esterilidad y de la excesiva verbosidad de la filosofía responde a este enfoque esencialista. Es cierto que algunos problemas filosóficos están mal planteados y deben ser reformu-

lados para poder ser resueltos y verse libres de paradojas, como el problema tradicional de la soberanía o el problema tradicional del significado. Pero ello no quiere decir que no se refieran a importantes cuestiones reales o que nos estamos ocupando únicamente de cuestiones puramente verbales o que podamos resolverlas de una forma puramente verbal. Los problemas filosóficos deben hundir sus raíces en la realidad, en los propios planteamientos de disciplinas extrafilosóficas, así como las ciencias se nutren permanentemente de los problemas metafísicos que plantea la filosofía. Por eso debemos ser extremadamente cautelosos a la hora de aplicar la navaja a los problemas de índole filosófica y evitar reproducir esos mismos problemas que creíamos haber resuelto.

Popper tampoco niega que nuestros puntos de vista estén condicionados parcialmente por nuestras tradiciones o formas de lenguaje, aunque tampoco cree que se trate del tipo de afirmación que nos lleve muy lejos. En el fondo, se trata de una afirmación trivialmente verdadera. En vez de ser prisioneros de nuestras tradiciones, de nuestros lenguajes o formas de vida compartidas, debemos tratar siempre de escapar de esas prisiones, debemos escapar en lo posible de las distintas cavernas en las cuales estamos prisioneros, para lo cual sólo disponemos, y esto es lo esencial, del ejercicio crítico de la razón o de la función argumentativa del lenguaje, no de alguna facultad mística superior. Para Popper, Wittgenstein es la mejor ilustración de ese prisionero incapaz de liberarse a sí mismo, de la mosca atrapada en la botella cazamoscasas, es un caso wittgensteiniano. En lugar de liberar a la mosca de la botella, el filósofo debe tener siempre la mosca detrás de la oreja- si se nos permite la expresión-, debe estar siempre precavido frente a los cantos de sirena que le dicen que se ha liberado de

Debemos ser extremadamente cautelosos a la hora de aplicar la navaja a los problemas de índole filosófica y evitar reproducir esos mismos problemas que creíamos haber resuelto.

todo prejuicio filosófico y que ha alcanzado “la justa visión del mundo”, que ha logrado la contemplación definitiva del mundo, “la visión del mundo sub especie aeterni”.

En general, Popper reconoce que los filósofos no lo han hecho muy bien y que la filosofía se tropieza con escollos o peligros que amenazan con desnaturalizarla. Uno de estos peligros es la especialización y el apartarse de los problemas reales que atañen a los seres humanos de carne y hueso. Aunque la especialización puede tener algunas ventajas y ha servido para resolver problemas técnicos específicos, puede llevar a la banalización de la filosofía, a filósofos diminutos ocupados en resolver problemas diminutos, a los terribles simplificadores que pretenden encontrar una solución simple a un problema complejo. Si la especialización en la ciencia es una necesidad, en filosofía es un pecado mortal, dice Popper.

El otro pecado mortal en el que con frecuencia incurren los filósofos es el de la arrogancia, el egotismo, la prepotencia o la soberbia intelectual. Es la visión de que la filosofía puede ser llevada a cabo exclusivamente por una élite de seres superiores o superdotados, que el filósofo es un ser dotado de facultades especiales que lo convierten en el llamado a develar los grandes misterios, los grandes secretos del mundo y de la historia, o, más aún, el único realmente capaz de gobernar al resto de los mortales, al rebaño humano ignorante. Popper va a atacar despiadadamente ese estilo oracular del filósofo que se cree en posesión del saber y de la verdad, esa jerigonza altisonante, que seguramente atrapa a más de un incauto, que pretende saber todo acerca de todo, y que desprecia al resto que no ha sido tocado por el dedo de la gracia divina, lo que, en el fondo, no puede sino provocar la carcajada de los dioses. Este esti-

lo de filosofar suele abrogarse el derecho de hablar en el nombre de la razón, de la verdad, del bien, del hombre, aunque en el fondo demuestra un gran desprecio por todos ellos. Para contrarrestar esta impostura, la deshonestidad y soberbia típica de algunos filósofos e intelectuales, él recomienda que regresemos a la olvidada sabiduría de algunos presocráticos, y sobre todo de Sócrates, la cual nos recuerda constantemente lo poco que sabemos, nos recuerda permanentemente nuestra propensión al error y al engaño, así como la fragilidad de la condición humana. Este mensaje, que es también el mensaje del auténtico cristianismo, ha sido revivido tantas veces como veces ha sido olvidado. En particular, algunos filósofos son propensos a olvidar esta antigua sabiduría y se creen en posesión de la clave para eliminar todos los males de la humanidad, para resolver todos los problemas de la sociedad. Para él, estos bienintencionados filósofos redentores son los más peligrosos de todos, pues ese deseo de imponer sus sueños al resto de la humanidad, puede traducirse en horribles pesadillas de las cuales resulte difícil despertarse. En todo caso, la responsabilidad del filósofo sería la de aliviar en lo posible los males de la humanidad, no, desde luego, el contribuir a que estos males aumenten, como ocurre con frecuencia. Para Popper esto sería lo que le da valor permanente a la filosofía, aunque algunos lo vean como un objetivo modesto o, incluso, vulgar.

En el fondo, el contraste entre Wittgenstein y Popper contiene todos los matices dramáticos de la tensión entre dos formas arquetipales del filósofo. La primera de estas formas es la de “un *anima mundi*, un guía espiritual de carácter casi sobrenatural, un sacerdote y médico, una figura hermética o *spiritus mercurialis*, un espíritu o prisionero en la

materia", como diría Bartley, la de un *philosophe soleil*, taumaturgo, demiurgo y nigromante, que se encuentra temporalmente atrapado en este mundo material, aunque su esencia pertenece a otro mundo, a un mundo eterno e incorruptible, por lo que conserva siempre una cierta distancia olímpica frente los asuntos humanos.

En cambio, en el otro arquetipo, el filósofo es un hombre común y ordinario, que no pretende ejercer ninguna fascinación mágica ni se considera a sí mismo en posesión de alguna facultad superior sobrenatural, no se cree la encarnación de un ser divino o de un espíritu puro, y que se ocupa de los asuntos humanos que conciernen al resto de los demás hombres comunes y ordinarios, al resto de los mortales, y que elabora su filosofía a partir del suelo común y del barro del que están hechos todos los hombres.

Es el propio contraste que Popper establece entre "el alado y divino Platón", que se vio obligado a huir de Siracusa y fue vendido luego como esclavo, y el humano y terrenal Sócrates que, pudiendo huir de Atenas, prefirió morir en defensa de la libre expresión de sus ideas y en defensa de las propias leyes que lo condenaban. O en tono menos dramático, es el contraste entre el filósofo que defiende su verdadero oficio y el que abandona olímpicamente el lugar donde se discuten estos asuntos humanos, quizás por considerarlos demasiado humanos y considerar peligroso que alguien tan común rompiera su propio hechizo o encantamiento. En fin, se trata del viejo contraste entre el filósofo que apunta con su dedo hacia arriba, mientras que el otro apunta con su mano extendida hacia abajo, inmortalizado en el lienzo de Rafael.

Algunos filósofos son propensos a olvidar esta antigua sabiduría y se creen en posesión de la clave para eliminar todos los males de la humanidad, para resolver todos los problemas de la sociedad.